

CARLOS REYNOSO, Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica, Barcelona, Gedisa, 2000.

LOS ESTUDIOS CULTURALES: ¿DE LA APERTURA A LA ORTODOXIA O DIATRIBA CONTRA UN DITIRAMBO?

Esta parece ser la pregunta que le surge a un lector desprevenido cuando explora el trabajo de Carlos Reynoso, *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: una visión antropológica* (Barcelona, Gedisa, 2000). Sin duda, la pregunta es pertinente porque quiérase o no, los vertiginosos cambios sufridos por la sociedad en los últimos quince años en las esferas políticas, económicas y culturales han resquebrajado referentes, desmontado tradiciones y erosionado mitos fundacionales. En fin, nos enfrentamos a una nueva lectura de la sociedad, a un re-pensar el mundo y a una nueva construcción conceptual del mismo. Este proceso incide igualmente en los discursos académicos, que han visto el derrumbamiento de paradigmas y han sentido una sensación de orfandad y un principio de incertidumbre que “amenaza” lo disciplinar. Hoy se habla de “crisis” en las ciencias sociales y en la necesidad de reflexionar epistemológicamente sobre la legitimidad de las mismas en un “mundo turbulento” cargado de un desdibujamiento de los objetos disciplinares. Buena parte del debate sobre lo disciplinar, interdisciplinar (relacional) y transdisciplinar (integradora y holística) se ha centrado en los llamados estudios culturales, que “encaman, sin lugar a dudas, el último grito de la moda” (p. 9). La reflexión sobre ellos es el tema del trabajo de Reynoso.

El texto está dividido en nueve capítulos que intentan responder a numerosos problemas que el autor formula de la siguiente manera:

¿Qué son o qué han llegado a ser los estudios culturales en la actualidad?; ¿cómo es la demografía de los estudios culturales?; ¿hay abundancia de textos de referencias, o más bien una proliferación de artículos breves y unos pocos proyectos de poca envergadura?; ¿constituyen los estudios culturales una antidisciplina libre, o reproducen los cánones disciplinares de la ciencia normal?; ¿han cumplido los estudios culturales su promesa de apertura o buscan instaurar alguna clase de ortodoxia?; ¿ha habido algún asomo de creación teórica en el interior de los estudios culturales, o viven ellos de la depredación de metodologías ocasionales tomadas de las tradiciones científicas de las que reniegan?; ¿son realmente los estudios culturales una superación del posmodernismo, o representan más bien su fase tardía?; ¿ha habido cambio o crecimiento en lo que va del posmodernismo a los estudios culturales, o se trata siempre de la repetición de los mismos argumentos?; ¿es recuperable el proyecto inicial de los estudios culturales, o carece de una entidad teórica claramente expuesta, susceptible de impulsar proyectos nuevos?; ¿es la crítica que articula a los estudios culturales de orden político, o más bien la izquierda política y la práctica científica son los verdaderos contendientes?; ¿qué consecuencias disciplinares tiene la definición de un campo de estudios culturales separado de la antropología?; la reacción crítica contra los estudios culturales, ¿dará algún resultado, o es ya demasiado tarde?

En este orden de ideas, entonces, comienza Reynoso su crítica mirada arriesgándose a dar una definición de los estudios culturales: “Los estudios culturales son el nombre en que ha decantado, plasmada en ensayos, la actividad interpretativa y crítica de los intelectuales. Los estudios culturales se han estandarizado como una alternativa a (o una subsunción de) las disciplinas académicas de la sociología, la antropología, las ciencias de la comunicación y la crítica literaria, en el marco general de la condición posmoderna. El ámbito preferencial de los estudios es la cultura popular” (p. 19).

Partiendo de esta definición, el autor señala la poca consolidación de los estudios culturales en los ámbitos institucionales conti-

neniales de Europa, tomando en consideración el caso de Francia, donde se cree que Michel de Certeau y Pierre Bourdieu, ambos sociólogos, son los fundadores de la tradición francesa de estudios culturales, lo cual desmiente Reynoso. Agrega que un hecho muy dicente es que el *Center for Contemporary Cultural Studies de Birmingham* ya no existe, perdiendo estos estudios parte de su dinamismo institucional que en un principio tuvieron. Complementariamente, el autor es enfático en afirmar que los estudios culturales no sólo “...están estandarizados en tres o cuatro firmas fijas, sino que más allá de sus temas (que también se han vuelto previsibles en su búsqueda siempre idéntica de originalidad a todo trance) en lo argumentativo constituyen el cuerpo escrito más rígido y repetitivo del que se tenga noticia” (p. 21). En palabras del autor, acumulación ha habido, pero crecimiento no.

Posteriormente, Reynoso argumenta que la interdisciplinaria, tan citada y defendida por los estudios culturales, se ha convertido en un arma retórica contra las disciplinas en vez de usarse como un desafío productivo para cambiar las propias prácticas de investigación. Lo que se comprueba con ello, según Reynoso, es la falta de desarrollo documentable, la inexistencia de consultores técnicos en su bibliografía y el menosprecio de los culturalistas frente a cualquier saber experto. Pero si los estudios culturales satanizan los saberes expertos, los primeros, según el autor, metodológicamente son abiertamente derivativos, es decir, emplean conceptos, procedimientos y diseños de investigación que se toman en préstamo de los inmensos acopios de las teorías continentales de la comunicación, de la semiótica de Jakobson, de la semiología francesa o italiana, y de los diversos estructuralismos formales o informales en antropología (Lévi-Strauss), filosofía (Althusser), sociología (de Certeau, Bourdieu) o psicoanálisis (Lacan).

El autor establece posteriormente una relación entre los estudios culturales y el llamado posmodernismo, diferenciando dos etapas: antes de la década del 80 y después de ella. En efecto, en la década del 70, según el autor, no pasaba gran cosa con los estudios

culturales, “sumidos en vida latente en una provincia británica; en los años 80 su integración con el posmodernismo catapultó los estudios a los ojos del mundo” (p. 127). Ello fue caótico según Reynoso, pues los estudios culturales terminaron siendo un movimiento intelectual “contaminado de un incómodo textualismo, lastrado de jerga, aislado de la política real, dotados de precursores dignos sin sucesores consensuados, carentes de herramientas creadas en su interior y adherido a rebeliones que ahora se saben domesticadas” (pp. 149-150). Precisamente, el autor entra a desentrañar la crítica que articula los estudios culturales y se pregunta si son de orden político o científico, expresando una clara duda acerca del primero: “En fin, los objetivos políticos, subversivos y emancipatorios de los estudios culturales o bien han encontrado contradicciones insuperables en la forma de llevarlos adelante, o bien se han convertido en otra cosa” (p. 169).

El contrapunteo entre estudios culturales y algunos campos específicos del saber es lo que ocupa a Reynoso en el octavo capítulo, mostrando a través del análisis de algunas posiciones de autores que acogieron con vehemencia o rechazaron las pautas del nuevo movimiento, desde la relación entre sociología y estudios culturales, estudios culturales e interaccionismo simbólico y estudios culturales y etnografía. Termina el autor esta parte, retomando el análisis de la trayectoria de la antropología a través de autores como Michael Taussig, George Marcus, Marshall Sahlins y Clifford Geertz.

En fin, lo que Reynoso trata de mostrar en su trabajo son, según él, insuficiencias y fracturas de los estudios culturales, las cuales se pueden resumir de la siguiente manera:

- La ausencia de métodos y técnicas creadas al interior del movimiento.
- La inexistencia de textos referenciales cuya metodología se pueda estimar vigente.
- La falta de capacitación epistemológica, metodológica y técnica en el programa académico disciplinar del culturalismo.

- El desarrollo insatisfactorio, ambiguo y fragmentario de los marcos teóricos importados de otras disciplinas.
- La confusión de niveles epistemológicos y la prevaricación sustantiva en el tratamiento del saber disciplinar.
- La utilización yuxtapuesta o simultánea de metodología incompatibles y la falta de elaboración de las combinaciones de marcos heterogéneos.
- El carácter personalizado de las trayectorias teóricas del movimiento, supeditada a las instituciones de los “fundadores” o a las lecturas selectivas.
- La falta de coordinación entre los hallazgos sustantivos de las investigaciones empíricas y el aparato teórico que debería producirlos.
- La presentación de reinventiones teóricas como descubrimientos, consecuencia de un conocimiento deficiente de los marcos disciplinarios y su historia.
- La presentación de truismos como hallazgos innovadores.
- La práctica inarticulada de operaciones interpretativas, sin una reflexión concomitante sobre los alcances, problemas y límites de la hermenéutica.
- La proliferación de críticas y densas elaboraciones teóricas no basadas en las lecturas directa de las fuentes.
- La profesión de interdisciplinariedad no sustanciada en ningún ejercicio interdisciplinario concreto, o sobre la base de una concepción idealizada de lo que la interdisciplinariedad involucra.
- Una actitud pueril de antidisciplinariedad no fundada en ninguna crítica disciplinar sustantiva, o basada en una concepción mecánicamente determinista de las prácticas académicas.
- La actitud de censura frente al marxismo o a la economía política, correlativa a una absoluta falta de crítica en lo que res-

pecta a otras líneas de pensamiento adoptadas, antes que nada el posestructuralismo y el posmodernismo.

- La preponderancia de expresiones abstractas, metafóricas o catacréticas en el repertorio conceptual.
- Una renuncia implícita al proyecto de la ciencia en general (y de las ciencias sociales en particular) correlativo a la conservación de términos científicos tales como explicación, análisis, teoría, metodología, etcétera.
- El abandono de los postulados políticos fundacionales.
- El sentimiento generalizado de crisis, encrucijada, parálisis o impase en el conjunto del movimiento.
- El oportunismo y el posibilismo pragmático en la cooptación del espacio académico.
- El desplazamiento de la contracritica por la invectiva, la puesta en duda de las intenciones, o la descalificación personal o ideológica de quienes plantean cuestionamientos.

José Polo Acuña.
Programa de Historia
Universidad de Cartagena